

Presentación del Ciclo C en el Año Jubilar 2025

A lo largo del Año Litúrgico podemos recoger los elementos comunes que los evangelistas presentan sobre Jesús; y hemos de hacer nuestros también esos otros elementos que son propios, en el caso del año que comenzamos (Ciclo C), los propios del evangelista San Lucas. Así reflexionaremos sobre una personalidad acorde con la llamada de Jesús a la renuncia y al seguimiento de su persona, que aparece a menudo en el tercer evangelio.

San Lucas era de talante griego, quizás de origen macedonio. Fue compañero de San Pablo en sus dos últimos viajes apostólicos, y le acompañó también en el que el Apóstol, prisionero, hubo de hacer hasta Roma. Pablo denomina a Lucas el queridísimo médico. Aparece por vez primera en Tróade, en el segundo viaje misionero de Pablo; y acompaña al Apóstol hasta Filipos. Al regreso del tercer viaje, va con Pablo hasta Jerusalén. Durante la travesía marítima de Pablo a Roma, allí se encuentra Lucas; y estará también con él en Roma. A Lucas alude el Apóstol en las Cartas a los Colosenses, en la 2ª a Timoteo y en la Carta a Filemón.

Dos obras se consideran de la autoría de Lucas: El Tercer Evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles. La lengua, el estilo, la temática y los testimonios de los escritores eclesiásticos de los siglos posteriores, así lo hacen pensar y aceptar.

El evangelio de San Lucas, pertenece junto con los de San Mateo y San Marcos a los llamados evangelios sinópticos, llamados así porque la óptica desde la que muestran la vida y obra de Jesús, es semejante. Eso queda claro por su concepción fundamental, ya que presentan la vida y doctrina de Jesús a lo largo de un viaje de Jesús a Jerusalén, mientras que el 4º Evangelio muestra a Jesús yendo y viniendo a la Ciudad Santa. Las semejanzas son también numerosas en los relatos que ofrecen. En la elección de estos coinciden a menudo Mt, Mc y Lc (cuando un determinado hecho lo refieren los tres) o bien Mt y Lc, en la mayoría de los relatos de la doble tradición, al haber bebido los dos de la misma fuente.

Si grandes son las semejanzas con Mt y Mc, no podemos ignorar las diferencias. Así, aunque Mt y Lc refieran hechos de la Infancia de Jesús, sin embargo, ambos lo hacen desde preocupaciones teológicas distintas, y cada uno de ellos presenta escenas que el otro ignora o desecha.

En lo que respecta en concreto al Evangelio de Lucas, puede considerarse en general como “El Evangelio de la Misericordia de Dios”, algo que se muestra sobre todo en las parábolas de la misericordia (Lc 15).

A Jesús, lo denomina “el Señor” y “el Salvador”. La consideración de Jesús como “Señor” está prácticamente ausente de Mt y de Mc, mientras que la utiliza a menudo Lc. Con el título de “Salvador”, designa que Jesús ha venido a salvar lo que estaba perdido. Jesús aparece como “salvador” de modo universal, es la salvación del hombre que renuncia a las riquezas para seguir al Maestro. El hombre debe buscar la salvación acercándose a Jesús con humildad, pues nadie puede considerarse justo ante Dios: de ahí que haya de pedir humildemente la salvación o aceptar la que Jesús pueda ofrecerle. Como consecuencia de la

venida de Jesús al mundo como salvador, todo el tercer Evangelio, ya desde el comienzo, destila gozo y transmite paz.

La venida de Jesús al mundo es obra del Espíritu Santo, que cubre con su sombra a María. El Espíritu se posa sobre Jesús y lo convierte en “profeta”, de suerte que, a lo largo de su existencia terrena, profiera las palabras de Dios. La mención del Espíritu Santo es muy frecuente en la doble obra lucana, en especial en los Hechos de los Apóstoles.

La Iglesia tiene especial importancia en el Evangelio de San Lucas. Se trata de una Iglesia en camino, una Iglesia necesitada de conversión y de la comunión entre sus miembros. Es una Iglesia misionera, llamada al seguimiento de Cristo y a la escucha de su palabra, para transmitirla con espíritu apostólico. Todos estos rasgos son señalados ahora por el Papa Francisco, en estos tiempos de una Iglesia Sinodal.

Toda la gente está llamada a la salvación. La genealogía de Jesús no enlaza con el padre de los creyentes (Abraham, en Mt), sino que llega hasta Adán, el padre de la humanidad. Este universalismo de la salvación se muestra sobre todo en la llamada del ángel a los pastores para que fueran a adorar al Niño. Los pastores, que eran en general mercenarios, estaban considerados como pecadores, pues echaban mano de algún cordero que no les pertenecía... A ellos, que no tenían esperanza, se les ofrece la luz de la esperanza. Por otros motivos se consideraban también oficialmente pecadores los vendedores ambulantes, los publicanos y las prostitutas. Los dos últimos grupos se ven muy acogidos en este evangelio. También se muestran bien dispuestos a responder a la llamada de Jesús los samaritanos y otras personas provenientes de la gentilidad.

Lucas es el evangelista que más alude a la oración. Antes de dar un paso importante en su vida, Jesús aparece orando. Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar, y él les recita el padrenuestro, para que invoquen a Dios llamándole Padre.

También se suele considerar este Evangelio como “El Evangelio de la pobreza”. A lo largo de él se ve a Jesús valorando el comportamiento de una viuda y alabando al pobre Lázaro, cuya parábola es exclusiva de Lc. Al referirse a las personas a las que pertenece el Reino de los Cielos, las concreta en los pobres, en modo absoluto: “Bienaventurados los pobres”. En el lugar paralelo de Mt se decía “los pobres de espíritu”. Además Lucas añade unas “malaventuranzas”, en las cuales Jesús dirige unos “Ayes” a los ricos, pues ya tienen aquí su recompensa, algo que aconteció con el Rico Epulón. Para seguir de cerca a Jesús, que no tiene dónde reclinar la cabeza, antes de nada hay que renunciar a todo, y después ir en pos de él.

Aprovechemos pues este ciclo litúrgico que sigue el evangelio de San Lucas para vivir en plenitud el don de la salvación.

Así reflexiona el Papa Francisco sobre los escritos de San Lucas: "*El Evangelio termina con la resurrección y la ascensión de Jesús, y la trama narrativa de los Hechos de los Apóstoles comienza aquí, desde la sobreabundancia de la vida del Resucitado transfundida en su Iglesia. San Lucas nos dice que Jesús «se les presentó dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios» (Hechos 1, 3). El Resucitado, Jesús Resucitado, hace gestos muy humanos, como compartir una comida con los suyos, y los*

invita a esperar confiadamente el cumplimiento de la promesa del Padre: «seréis bautizados en el Espíritu Santo» (Hechos 1, 5).

El bautismo en el Espíritu Santo, de hecho, es la experiencia que nos permite entrar en una comunión personal con Dios y participar en su voluntad salvadora universal, adquiriendo el don de la parresía, la valentía, es decir, la capacidad de pronunciar una palabra «como hijos de Dios», no solo como hombres sino como hijos de Dios: una palabra clara, libre, efectiva, llena de amor por Cristo y por los hermanos.

Por lo tanto, no hay que luchar para ganar o merecer el don de Dios. Todo se da gratis y a su debido tiempo. El Señor da todo gratuitamente. La salvación no se compra, no se paga: es un don gratuito. Frente a la ansiedad de saber de antemano el momento en que sucederán los eventos anunciados por Él, Jesús responde a los suyos: «A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1,7-8).

El Resucitado invita a sus seguidores a no vivir el presente con ansiedad, sino a hacer una alianza con el tiempo, a saber cómo esperar el desenlace de una historia sagrada que no se ha interrumpido sino que avanza, va siempre hacia adelante; a saber cómo esperar los «pasos» de Dios, Señor del tiempo y del espacio. El Resucitado invita a su gente a no «fabricar» la misión por sí mismos, sino a esperar que el Padre dinamice sus corazones con su Espíritu, para poder involucrarse en un testimonio misionero capaz de irradiarse de Jerusalén a Samaria e ir más allá de las fronteras de Israel para llegar a las periferias del mundo.

Esta espera los apóstoles la viven juntos, la viven como la familia del Señor, en la sala superior o cenáculo, cuyos muros aún son testigos del regalo con el que Jesús se entregó a los suyos en la Eucaristía. ¿Y cómo aguardan la fortaleza, la dýnamis de dios? Rezando con perseverancia, como si no fueran tantos sino uno. Rezando en unidad y con perseverancia. De hecho, es a través de la oración como uno supera la soledad, la tentación, la sospecha y abre su corazón a la comunión. La presencia de las mujeres y de María, la madre de Jesús, intensifica esta experiencia: primero aprendieron del Maestro a dar testimonio de la fidelidad del amor y la fuerza de la comunión que supera todo temor." (Papa Francisco. Audiencia general. Plaza de San Pedro. Miércoles, 29 de mayo de 2019. Sobre San Lucas.)

Rafael Pla Calatayud

rafael @betaniajerusalen.com